

Panium - Número tres

La visión y el tiempo señalado: un paralelo profético

Jeff Pippenger

2025-02-28

La parábola de las diez vírgenes se repite al pie de la letra en la historia de los ciento cuarenta y cuatro mil. Habacuc capítulo dos presenta el corazón de la parábola cuando identifica la visión que habla al final.

Sobre mi guarda estaré, y me pondré sobre la torre, y velaré para ver lo que me dirá, y qué he de responder cuando sea reprendido. Y el Señor me respondió y dijo: Escribe la visión, y hazla clara en tablas, para que corra el que la lea. Porque la visión es aún para el tiempo señalado; mas al fin hablará, y no mentirá. Aunque tardare, espérala; porque ciertamente vendrá, no tardará. He aquí, aquel cuya alma se enorgullece no es recta en él; mas el justo por su fe vivirá. Habacuc 2:1-4.

El versículo veintisiete de Daniel 11 también identifica el "tiempo señalado".

Y los corazones de estos dos reyes estarán inclinados a hacer el mal, y en una misma mesa hablarán mentiras; pero no prosperará, porque aún el fin será en el tiempo señalado. Daniel 11:27.

La "visión" que es establecida por Roma es para "un tiempo señalado", y los dos reyes cuyo corazón es hacer maldad y hablar mentiras en una misma mesa identifican un hito profético que llega antes de que la visión "hable". Antes del tiempo señalado, dos reyes hablan "mentiras", y cuando la visión habla en el tiempo señalado, no miente. El tiempo señalado es la ley dominical en los Estados Unidos, y la reunión en la mesa marca el comienzo de un período profético. La "visión" se cumple en la historia en la ley dominical, pero se establece antes de la ley dominical. Esto es evidente, pues a los fieles se les dice que esperen la visión y se les dice que la publiquen. No podrían publicarla antes del cumplimiento de la visión si la visión aún no estuviera establecida.

Jeremías representa a los que "esperan" la visión:

Oh Señor, tú lo sabes: acuérdate de mí, y visítame, y hazme justicia contra mis perseguidores; no me arrebatas en tu longanimidad; sabe que por tu causa he sufrido afrenta. Se hallaron tus palabras, y yo las comí; y tu palabra fue para mí gozo y alegría de mi corazón, porque sobre mí fue invocado tu nombre, oh Señor Dios de los ejércitos. No me senté en la reunión de los burladores, ni me regocijé; me senté solo a causa de tu mano, porque me llenaste de indignación. ¿Por qué es perpetuo mi dolor, y mi herida incurable, que rehúsa ser sanada? ¿Serás tú para conmigo del todo como un mentiroso, y como aguas que se agotan? Por tanto, así dice el Señor: Si te vuelves, yo te haré volver, y estarás delante de mí; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca: que ellos se vuelvan a ti; pero tú no te vuelvas a ellos. Y te pondré para este pueblo por muro fortificado de bronce; y pelearán contra ti, pero no prevalecerán contra ti; porque yo estoy contigo para salvarte y librarte, dice el Señor. Y te

libraré de la mano de los malvados, y te redimiré de la mano de los temibles. Jeremías 15:15-21.

La ley dominical en Estados Unidos es donde se marca el símbolo de "recordar". Es allí donde el sábado, que debe recordarse siempre, se convierte en la prueba final. Es allí donde la ramera de Tiro, que ha sido olvidada, es recordada. Es allí donde Dios recuerda los pecados de Babilonia y le impone un juicio doble.

El hito donde se ubica el hablar es la ley dominical en los Estados Unidos, pues allí la bestia de la tierra "habla" como un dragón. En el mismo hito, la asna en la línea profética de Balaam "habla". Cuando nace Juan el Bautista, su padre, Zacarías, quien ha sido divinamente impedido de hablar, "habla".

Y aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño; y lo llamaban Zacarías, conforme al nombre de su padre. Pero su madre respondió y dijo: No; sino que será llamado Juan. Y le dijeron: No hay ninguno de tus parientes que lleve este nombre. Entonces le hicieron señas a su padre sobre cómo quería que se llamase. Y pidió una tablilla de escribir y escribió, diciendo: Su nombre es Juan. Y todos se maravillaron. Y al instante se le abrió la boca y se le soltó la lengua, y habló y alabó a Dios. Lucas 1:59-64.

En la ley dominical en los Estados Unidos, la herida mortal del papado es sanada, y el papado se convierte en el octavo reino que es de los siete, cuando los Estados Unidos, cuyo presidente Donald Trump es el octavo presidente que es de los siete. En ese mismo momento, los ciento cuarenta y cuatro mil son levantados como estandarte. Los ciento cuarenta y cuatro mil son la octava iglesia que es de las siete. En la ley dominical se marca el número ocho, y fue al octavo día cuando Juan fue circuncidado y Zacarías habló. Zacarías significa Dios ha "recordado". La ley dominical es la falsificación del verdadero sábado que debía ser "recordado". En la ley dominical la ramera de Tiro es "recordada". Es en la ley dominical cuando Dios "recuerda" los pecados de Babilonia y dobla su juicio.

Jeremías representa a aquellos que sufrieron el primer chasco y que esperan la visión que tarda. Representa a los fieles que se convierten en la boca de Dios en el tiempo señalado, cuando la visión habla y no miente. La visión que habla en el tiempo señalado está precedida por dos reyes que se mienten el uno al otro en una misma mesa. Ese acontecimiento precede la ley dominical y por lo tanto ocurre en la historia de Panium, como se expone en los versículos trece al quince, que es el mismo período en que los 'ladrones del pueblo' establecen la 'visión'.

Y en aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; también los salteadores de tu pueblo se enaltecerán para establecer la visión; pero caerán. Daniel 11:14.

Los "ladrones" son Roma, y Roma en los últimos días es el catolicismo. El Papa establece la visión, y lo hace en el período justo antes de la ley dominical. Lo hace intercediendo en la batalla de Panium, donde Trump prevalece sobre Putin. La batalla tuvo lugar en el 200 a. C., el mismo año en que la Roma pagana entró en la historia profética. Pompeyo el Grande conquistó Jerusalén en el 63 a. C. Este hecho ocurrió durante su campaña en Oriente, cuando intervino en una guerra civil entre los hermanos asmoneos Hircano II y Aristóbulo II. Pompeyo se puso del lado de Hircano II,

sitió Jerusalén y finalmente tomó la ciudad tras un asedio de tres meses. Esto marcó el fin de la independencia de Judea y el comienzo del control romano sobre la región, que más tarde se convertiría en una provincia bajo el dominio romano.

Antes de la ley dominical, el papa interviene en la historia asociada con la batalla de Panium. Cuando entra en la historia profética, su aparición establece la visión; la visión que aún "hablará" en el "tiempo señalado" de la ley dominical en los Estados Unidos. La "visión" que tardó es la predicción fallida que marcó el comienzo del tiempo de tardanza en la parábola de las diez vírgenes. También señaló la llegada del segundo ángel de los tres ángeles de Apocalipsis catorce. Una predicción fallida que dio inicio a un período de espera, y un aliento a "esperar" su cumplimiento, aunque tardara.

En la historia milerita, el tiempo de tardanza terminó en la reunión campestre de Exeter, del 12 al 17 de agosto de 1844. Una decepción ocasionada por una predicción fallida dio inicio a un período de espera destinado a definir el carácter en dos clases de vírgenes, seguido por la explicación de la predicción que había fallado anteriormente. La explicación en Exeter identifica los detalles asociados con la visión cuando se cumple. Las mismas características pueden observarse en el capítulo dieciséis de Mateo, cuando Cristo llevó a sus discípulos a Cesarea de Filipo. A partir de ese momento, Cristo enseñó directamente a los discípulos lo que iba a suceder en la cruz.

Desde entonces comenzó Jesús a mostrar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y padecer muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Mateo 16:21.

Conviene señalar que el versículo recién citado se sitúa entre dos momentos: cuando Jesús afirmó que Pedro había sido guiado por el Espíritu Santo al identificar a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios vivo, y cuando, al comenzar Cristo a enseñarles acerca de la cruz venidera, Pedro se opuso al mensaje y Cristo llamó a Pedro Satanás. El mensaje que es desellado cuando se establece la visión produce dos clases de adoradores, ambas representadas por Pedro.

Cesarea de Filipo es Panium, y ambos conducen al tiempo señalado de la cruz en la línea de Cristo, al 22 de octubre de 1844 en la historia millerita y a la ley dominical en la actualidad. Panium, Cesarea de Filipo y la reunión campestre de Exeter son el mismo hito profético. Es en este hito donde la visión se establece con la introducción del papa en la narrativa. El establecimiento de la visión precede al tiempo señalado, pues Cesarea de Filipo precedió a la cruz, la reunión campestre de Exeter precedió al 22 de octubre de 1844, y Panium, en el 200 a. C., precedió a la conquista de Jerusalén por Pompeyo en el 63 a. C. En algún momento antes de la ley dominical en Estados Unidos, el papa, que es la ramera de Tiro, entrará abiertamente en la historia profética. Cuando lo haga, la visión quedará establecida.

La visión queda establecida en la tercera guerra por poderes del capítulo once. La primera guerra por poderes ilustra la última guerra por poderes, así que la última poseerá las mismas características proféticas que la primera. El rey del sur, representado en el nombre Vladimir, que significa "gobernante de la comunidad", es barrido mediante una alianza entre el papa y el presidente de los Estados Unidos. El último papa será el octavo que es de los siete en cumplimiento

de Apocalipsis diecisiete, y el último presidente será el octavo que es de los siete, al igual que el estandarte de los ciento cuarenta y cuatro mil.

La relación entre el papa y el presidente al principio fue una "alianza secreta", y la alianza del octavo y último presidente con el papa también será "secreta", pues en este período la ramera de Tiro está proféticamente "olvidada". La alianza entre Reagan y el papa Juan Pablo II fue secreta, pero al mismo tiempo el papa se convirtió en el rostro más reconocible de la tierra. Lo que se "olvida" respecto de la ramera de Tiro que fornicaba con todos los reyes de la tierra es una característica específica del papado, que incorpora todos sus pecados en una sola categoría de rebelión. Esa característica es la afirmación de la Iglesia católica de "infalibilidad". Este hecho es tan importante que ahora cerraré este artículo con un capítulo de la hermana White. Continuaremos estas líneas en el próximo artículo, pero mientras lees el siguiente capítulo de *The Great Controversy*, recuerda que casi todos los miembros del gabinete de Trump son católicos romanos, con una mezcla de pentecostalismo y una influencia siempre presente de Franklin Graham, quien recientemente llamó a oraciones públicas por el anticristo de la profecía bíblica.

Libertad de conciencia amenazada

El romanismo es ahora considerado por los protestantes con mucho mayor favor que en años anteriores. En aquellos países donde el catolicismo no tiene la primacía, y los papistas están adoptando una postura conciliadora para ganar influencia, hay una creciente indiferencia respecto de las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; va ganando terreno la opinión de que, después de todo, no diferimos tan ampliamente en puntos vitales como se había supuesto, y que una pequeña concesión de nuestra parte nos llevará a un mejor entendimiento con Roma. Hubo un tiempo en que los protestantes valoraban en gran manera la libertad de conciencia que había sido adquirida a tan alto precio. Enseñaban a sus hijos a aborrecer el papismo y sostenían que buscar armonía con Roma sería deslealtad a Dios. ¡Pero cuán diferentes son ahora los sentimientos que se expresan!

Los defensores del papado declaran que la iglesia ha sido calumniada, y el mundo protestante se inclina a aceptar tal afirmación. Muchos sostienen que es injusto juzgar a la iglesia de hoy por las abominaciones y los absurdos que marcaron su reinado durante los siglos de ignorancia y oscuridad. Excusan su horrible crueldad como resultado de la barbarie de la época y alegan que la influencia de la civilización moderna ha cambiado sus sentimientos.

¿Han olvidado estas personas la pretensión de infalibilidad sostenida durante ochocientos años por este poder altivo? Lejos de haber sido abandonada, esta pretensión fue afirmada en el siglo XIX con mayor contundencia que nunca antes. Como Roma afirma que «la Iglesia nunca erró; ni, según las Escrituras, errará jamás» (John L. von Mosheim, *Instituciones de Historia Eclesiástica*, libro 3, siglo II, parte 2, capítulo 2, sección 9, nota 17), ¿cómo puede renunciar a los principios que regían su proceder en épocas pasadas?

La Iglesia papal nunca renunciará a su pretensión de infalibilidad. Todo lo que ha hecho en su persecución de quienes rechazan sus dogmas lo considera correcto; ¿y no repetiría los mismos actos si se presentara la oportunidad? Que se eliminen las restricciones ahora impuestas por los

gobiernos seculares y que Roma sea restituida a su antiguo poder, y pronto habría un resurgimiento de su tiranía y persecución.

"Un conocido escritor habla así de la actitud de la jerarquía papal en cuanto a la libertad de conciencia, y de los peligros que amenazan especialmente a los Estados Unidos debido al éxito de su política: 'Hay muchos que están dispuestos a atribuir cualquier temor al catolicismo romano en los Estados Unidos al fanatismo o a la puerilidad. Tales personas no ven nada en el carácter y la actitud del romanismo que sea hostil a nuestras instituciones libres, ni encuentran nada portentoso en su crecimiento. Comparemos, pues, primero algunos de los principios fundamentales de nuestro gobierno con los de la Iglesia Católica.'"

La Constitución de los Estados Unidos garantiza la libertad de conciencia. Nada es máspreciado ni más fundamental. El papa Pío IX, en su Carta Encíclica del 15 de agosto de 1854, dijo: "Las doctrinas o desvaríos absurdos y erróneos en defensa de la libertad de conciencia son un error sumamente pestilencial—una plaga, de todas, la más temible en un Estado." El mismo papa, en su Carta Encíclica del 8 de diciembre de 1864, anatematizó "a quienes afirman la libertad de conciencia y de culto religioso", así como "a todos los que sostienen que la Iglesia no puede emplear la fuerza".

'El tono particular de Roma en los Estados Unidos no implica un cambio de actitud. Es tolerante allí donde no tiene poder. Dice el obispo O'Connor: 'La libertad religiosa simplemente se tolera hasta que lo contrario pueda llevarse a cabo sin peligro para el mundo católico.'... El arzobispo de San Luis dijo una vez: 'La herejía y la incredulidad son delitos; y en países cristianos, como en Italia y España, por ejemplo, donde todo el pueblo es católico, y donde la religión católica es una parte esencial de la ley del país, se castigan como los demás delitos.'...

Todo cardenal, arzobispo y obispo de la Iglesia católica presta un juramento de lealtad al Papa, en el que figuran las siguientes palabras: "Herejes, cismáticos y rebeldes contra nuestro dicho señor (el Papa), o a sus susodichos sucesores, los perseguiré y me opondré a ellos con todas mis fuerzas". -Josiah Strong, *Our Country*, cap. 5, párrs. 2-4.

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la comunión de la Iglesia Católica Romana. Miles en esa iglesia sirven a Dios según la mejor luz que tienen. No se les permite tener acceso a Su Palabra, y por lo tanto no discernen la verdad. Nunca han visto el contraste entre una devoción viva del corazón y una rutina de meras formas y ceremonias. Dios mira con tierna compasión a estas almas, educadas como están en una fe engañosa e insatisfactoria. Él hará que rayos de luz penetren la densa oscuridad que las rodea. Les revelará la verdad tal como es en Jesús, y muchos aún se pondrán de parte de Su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no está ahora más en armonía con el evangelio de Cristo que en ningún período anterior de su historia. Las iglesias protestantes están en gran oscuridad, o discernirían los signos de los tiempos. La Iglesia romana es de gran alcance en sus planes y modos de obrar. Ella está empleando todo recurso para extender su influencia y aumentar su poder en preparación para un conflicto feroz y decidido para recuperar el control del mundo, restablecer la persecución y deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo

está ganando terreno por todas partes. Vean el número creciente de sus iglesias y capillas en países protestantes. Miren la popularidad de sus colegios y seminarios en América, tan ampliamente frecuentados por protestantes. Contemplan el crecimiento del ritualismo en Inglaterra y las frecuentes deserciones a las filas de los católicos. Estas cosas deberían despertar la inquietud de todos los que aprecian los puros principios del evangelio.

Los protestantes han transigido con el papismo y lo han favorecido; han hecho compromisos y concesiones que los mismos papistas se sorprenden de ver y no alcanzan a comprender. Los hombres están cerrando los ojos al verdadero carácter del romanismo y a los peligros que cabe temer de su supremacía. Es necesario despertar al pueblo para que resista los avances de este peligrosísimo enemigo de la libertad civil y religiosa.

Muchos protestantes suponen que la religión católica es poco atractiva y que su culto no es más que una ronda de ceremonias aburridas y sin sentido. Aquí se equivocan. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura burda y torpe. El servicio religioso de la Iglesia Romana es un ceremonial sumamente impresionante. Su fastuoso despliegue y sus ritos solemnes fascinan los sentidos de la gente y acallan la voz de la razón y de la conciencia. La vista queda cautivada. Magníficas iglesias, procesiones imponentes, altares dorados, santuarios enjorjados, pinturas selectas y exquisitas esculturas apelan al amor por la belleza. También el oído queda cautivado. La música es insuperable. Las ricas notas del órgano de tonos graves, que se funden con la melodía de muchas voces, resuenan y se expanden por las altas cúpulas y las naves columnadas de sus grandiosas catedrales, y no pueden menos que impresionar la mente con sobrecogimiento y reverencia.

Este esplendor exterior, pompa y ceremonia, que solo se burla de los anhelos del alma enferma de pecado, es evidencia de corrupción interior. La religión de Cristo no necesita tales atractivos para recomendarse. A la luz que irradia de la cruz, el verdadero cristianismo aparece tan puro y hermoso que ningún adorno externo puede realzar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor ante Dios.

La brillantez de estilo no es necesariamente indicio de un pensamiento puro y elevado. Altas concepciones del arte y un delicado refinamiento del gusto a menudo existen en mentes que son terrenales y sensuales. A menudo, Satanás los emplea para llevar a los hombres a olvidar las necesidades del alma, a perder de vista la vida futura e inmortal, a apartarse de su Ayudador infinito y a vivir solo para este mundo.

Una religión basada en lo externo resulta atractiva para el corazón no renovado. El boato y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor y hechizante, mediante el cual muchos son engañados; y llegan a considerar a la Iglesia Romana como la misma puerta del cielo. Solo aquellos que han plantado firmemente sus pies sobre el fundamento de la verdad, y cuyos corazones han sido renovados por el Espíritu de Dios, son inmunes a su influencia. Miles que no tienen un conocimiento experiencial de Cristo serán llevados a aceptar las formas de piedad sin el poder. Tal religión es precisamente lo que las multitudes desean.

La pretensión de la Iglesia de tener el derecho de perdonar lleva al romanista a sentirse en libertad para pecar; y la ordenanza de la confesión, sin la cual no se otorga su perdón, también

tiende a dar licencia al mal. El que se arrodilla ante el hombre caído y abre en confesión los pensamientos e imaginaciones secretos de su corazón, rebaja su dignidad de hombre y degrada todo noble instinto de su alma. Al revelar los pecados de su vida a un sacerdote —un mortal falible y pecador, y con demasiada frecuencia corrompido por el vino y el libertinaje—, su ideal moral desciende y, en consecuencia, queda mancillado. Su pensamiento acerca de Dios queda rebajado a la semejanza de la humanidad caída, porque el sacerdote se erige en representante de Dios. Esta degradante confesión de hombre a hombre es el resorte oculto del que ha brotado gran parte del mal que está contaminando al mundo y preparándolo para la destrucción final. Con todo, para quien ama la autocomplacencia, resulta más agradable confesar a un semejante mortal que abrir el alma a Dios. Es más grato a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne con cilicio, ortigas y cadenas lacerantes que crucificar las pasiones de la carne. Pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a llevar antes que someterse al yugo de Cristo.

Existe una sorprendente similitud entre la Iglesia de Roma y la Iglesia judía en la época de la primera venida de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban en secreto todo principio de la ley de Dios, eran exteriormente rigurosos en la observancia de sus preceptos, cargándola con exigencias y tradiciones que hacían que la obediencia fuera dolorosa y gravosa. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, así también los romanistas pretenden reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, mientras que en sus vidas niegan a Aquel a quien representa.

Los papistas colocan cruces sobre sus iglesias, sobre sus altares y sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve el emblema de la cruz. Por doquier se la honra y se la exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están sepultadas bajo una masa de tradiciones insensatas, interpretaciones falsas y exigencias rigurosas. Las palabras del Salvador acerca de los judíos fanáticos se aplican con aún mayor fuerza a los líderes de la Iglesia Católica Romana: “Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.” Mateo 23:4. Las almas concienzudas se mantienen en terror constante, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras muchos de los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y el placer sensual.

La adoración de imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artimañas de Satanás para apartar la atención del pueblo de Dios y de su Hijo. Para lograr su ruina, procura desviar su atención de Aquel por medio de quien únicamente pueden encontrar la salvación. Los dirigirá hacia cualquier objeto que pueda sustituir al que ha dicho: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Mateo 11:28.

El esfuerzo constante de Satanás es tergiversar el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y los verdaderos asuntos en juego en la gran controversia. Sus sofismas atenúan la obligación de la ley divina y dan a los hombres licencia para pecar. Al mismo tiempo los induce a abrigar falsas concepciones de Dios, de modo que lo consideren con temor y odio en lugar de con amor. La crueldad inherente a su propio carácter se atribuye al Creador; se encarna en sistemas de religión y se expresa en formas de culto. Así, las mentes de los hombres quedan cegadas, y Satanás los asegura como sus agentes para guerrear contra Dios. Mediante concepciones

pervertidas de los atributos divinos, las naciones paganas fueron llevadas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor de la Deidad; y se han perpetrado horribles crueldades bajo las diversas formas de idolatría.

La Iglesia Católica Romana, uniendo las formas del paganismo y del cristianismo y, como el paganismo, tergiversando el carácter de Dios, ha recurrido a prácticas no menos crueles y repugnantes. En los días de la supremacía de Roma había instrumentos de tortura para obligar a aceptar sus doctrinas. Había la hoguera para quienes no accedían a sus pretensiones. Hubo matanzas en una escala que nunca se conocerá hasta que se revele en el juicio. Dignatarios de la iglesia estudiaron, bajo Satanás, su maestro, para inventar medios que causaran la mayor tortura posible sin poner fin a la vida de la víctima. En muchos casos, el proceso infernal se repetía hasta el límite extremo de la resistencia humana, hasta que la naturaleza abandonaba la lucha, y la víctima saludaba la muerte como un dulce alivio.

Tal fue el destino de los adversarios de Roma. A sus adeptos les imponía la disciplina del azote, del hambre atroz, de las austeridades corporales en todas las formas concebibles, descorazonadoras. Para asegurarse el favor del Cielo, los penitentes violaban las leyes de Dios al violar las leyes de la naturaleza. Se les enseñó a romper los lazos que Él ha formado para bendecir y alegrar la peregrinación terrenal del hombre. El camposanto alberga a millones de víctimas que gastaron sus vidas en vanos empeños por someter sus afectos naturales, por reprimir, como ofensivo a Dios, todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia sus semejantes.

Si deseamos comprender la crueldad implacable de Satanás, manifestada durante cientos de años, no entre quienes jamás oyeron hablar de Dios, sino en el mismo corazón y a lo largo y ancho de la cristiandad, basta con mirar la historia del romanismo. Por medio de este gigantesco sistema de engaño, el príncipe del mal logra su propósito de traer deshonra a Dios y miseria al hombre. Y al ver cómo consigue disfrazarse y llevar a cabo su obra por medio de los líderes de la iglesia, podemos entender mejor por qué siente tanta antipatía por la Biblia. Si se lee ese Libro, se revelarán la misericordia y el amor de Dios; se verá que Él no impone a los hombres ninguna de estas pesadas cargas. Todo lo que Él pide es un corazón quebrantado y contrito, un espíritu humilde y obediente.

Cristo no da ningún ejemplo en Su vida para que hombres y mujeres se encierren en monasterios para hacerse aptos para el cielo. Nunca ha enseñado que el amor y la compasión deban reprimirse. El corazón del Salvador rebotaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre a la perfección moral, más aguda se vuelve su sensibilidad, más aguda es su percepción del pecado y más profunda su compasión por los afligidos. El papa afirma ser el vicario de Cristo; pero, ¿cómo se compara su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Se supo alguna vez que Cristo consignara a los hombres a la cárcel o al potro de tortura porque no Le rindieran homenaje como Rey del cielo? ¿Se oyó Su voz condenando a muerte a los que no Lo aceptaban? Cuando fue menospreciado por la gente de una aldea samaritana, el apóstol Juan se llenó de indignación y preguntó: "Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?" Jesús miró con compasión a Su discípulo y reprendió su espíritu duro, diciendo: "El Hijo del hombre no ha venido para destruir las vidas de los

hombres, sino para salvarlas." Lucas 9:54, 56. ¡Cuán diferente del espíritu manifestado por Cristo es el de Su pretendido vicario!

La Iglesia romana presenta ahora una fachada decorosa ante el mundo, cubriendo con justificaciones su historial de horribles crueldades. Se ha revestido de vestiduras semejantes a las de Cristo; pero no ha cambiado. Cada principio del papado que existió en épocas pasadas sigue vigente hoy. Las doctrinas elaboradas en las épocas más oscuras todavía se sostienen. Que nadie se engañe. El papado que los protestantes están ahora tan dispuestos a honrar es el mismo que gobernó el mundo en los días de la Reforma, cuando hombres de Dios se levantaron, a riesgo de sus vidas, para denunciar su iniquidad. Posee el mismo orgullo y la misma arrogante pretensión que se enseñoreó de reyes y príncipes y reclamó las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es menos cruel y despótico ahora que cuando aplastó la libertad humana y dio muerte a los santos del Altísimo.

El papado es exactamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los postreros tiempos. 2 Tesalonicenses 2:3, 4. Es parte de su política asumir el carácter que mejor cumpla su propósito; pero bajo la cambiante apariencia del camaleón oculta el invariable veneno de la serpiente. 'No debe guardarse la fe con los herejes, ni con las personas sospechosas de herejía' (Lenfant, tomo 1, página 516), declara. ¿Se reconocerá ahora como parte de la iglesia de Cristo a este poder, cuyo historial de mil años está escrito con la sangre de los santos?

No sin razón se ha hecho en los países protestantes la afirmación de que el catolicismo difiere menos del protestantismo que en tiempos pasados. Ha habido un cambio; pero el cambio no está en el papado. El catolicismo, en efecto, se asemeja a buena parte del protestantismo que hoy existe, porque el protestantismo se ha degenerado tanto desde los días de los Reformadores.

Como las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, una falsa caridad ha cegado sus ojos. Consideran correcto pensar bien de todo lo malo y, como resultado inevitable, acabarán pensando mal de todo lo bueno. En lugar de mantenerse en defensa de la fe que una vez fue entregada a los santos, ahora, por así decirlo, están pidiendo disculpas a Roma por su opinión poco caritativa de ella, suplicando perdón por su intolerancia.

Un gran número de personas, incluso entre quienes no ven con buenos ojos el romanismo, percibe poco peligro en su poder e influencia. Muchos sostienen que la oscuridad intelectual y moral que prevalecía durante la Edad Media favoreció la propagación de sus dogmas, supersticiones y opresión, y que la mayor inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general del conocimiento y la creciente liberalidad en materia de religión impiden un resurgimiento de la intolerancia y la tiranía. La sola idea de que semejante estado de cosas pueda existir en esta era ilustrada es objeto de burla. Es cierto que una gran luz, intelectual, moral y religiosa, brilla sobre esta generación. En las páginas abiertas de la Santa Palabra de Dios, la luz del cielo se ha derramado sobre el mundo. Pero debe recordarse que, cuanto mayor es la luz concedida, mayor es la oscuridad de quienes la pervierten y la rechazan.

Un estudio devoto de la Biblia mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y los llevaría a aborrecerlo y a evitarlo; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no

sienten necesidad de buscar humildemente a Dios para que los guíe a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, son ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. Deben tener algún medio de acallar sus conciencias, y buscan aquello que sea lo menos espiritual y lo menos humillante. Lo que desean es un método de olvidar a Dios que pase por un método de recordarlo. El papado está bien adaptado para satisfacer las necesidades de todos ellos. Está preparado para dos clases de la humanidad, abarcando casi al mundo entero: los que quieren ser salvos por sus méritos, y los que quieren ser salvos en sus pecados. He aquí el secreto de su poder.

Un día de gran oscuridad intelectual ha demostrado ser favorable al éxito del papado. Aún se demostrará que un día de gran luz intelectual es igualmente favorable para su éxito. En épocas pasadas, cuando los hombres carecían de la palabra de Dios y del conocimiento de la verdad, tenían los ojos vendados, y miles quedaban atrapados, sin ver la red tendida para sus pies. En esta generación hay muchos cuyos ojos quedan deslumbrados por el brillo de las especulaciones humanas, "ciencia falsamente llamada así"; no perciben la red y entran en ella con la misma facilidad que si llevaran los ojos vendados. Dios dispuso que las facultades intelectuales del hombre se consideraran como un don de su Hacedor y se emplearan al servicio de la verdad y la justicia; pero cuando se alimentan el orgullo y la ambición, y los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la palabra de Dios, entonces la inteligencia puede causar un daño mayor que la ignorancia. Así, la falsa ciencia de la actualidad, que socava la fe en la Biblia, se mostrará tan eficaz para preparar el camino a la aceptación del papado, con sus formas atractivas, como lo fue la privación del conocimiento para abrirle el camino a su engrandecimiento en la Edad de las Tinieblas.

En los movimientos que ahora están en curso en los Estados Unidos para obtener para las instituciones y usos de la iglesia el apoyo del Estado, los protestantes están siguiendo los pasos de los papistas. Más aún, están abriendo la puerta para que el papado recobre en la América protestante la supremacía que ha perdido en el Viejo Mundo. Y lo que da mayor importancia a este movimiento es el hecho de que el objeto principal contemplado es la imposición de la observancia del domingo—una costumbre que se originó en Roma y que ella reivindica como la señal de su autoridad. Es el espíritu del papado—el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la veneración por las tradiciones humanas por encima de los mandamientos de Dios—el que está permeando las iglesias protestantes y llevándolas a hacer la misma obra de exaltación del domingo que el papado ha hecho antes que ellas.

Si el lector desea comprender los agentes que se emplearán en el próximo conflicto, no tiene más que examinar el historial de los medios que Roma empleó con el mismo propósito en siglos pasados. Si quiere saber cómo los papistas y los protestantes unidos tratarán a quienes rechacen sus dogmas, que observe el espíritu que Roma manifestó hacia el sábado y sus defensores.

Los edictos reales, los concilios generales y las ordenanzas eclesiásticas, respaldados por el poder secular, fueron los pasos mediante los cuales la fiesta pagana alcanzó su posición de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que imponía la observancia del domingo fue la ley promulgada por Constantino. (321 d. C.) Este edicto exigía que los

habitantes de las ciudades descansaran en "el venerable día del sol", pero permitía a los habitantes del campo continuar sus labores agrícolas. Aunque virtualmente era un estatuto pagano, fue aplicado por el emperador después de su aceptación nominal del cristianismo.

Como el mandato real no resultaba un sustituto suficiente de la autoridad divina, Eusebio, un obispo que buscaba el favor de los príncipes y que fue el amigo especial y adulador de Constantino, sostuvo que Cristo había trasladado el sábado al domingo. No se presentó ni un solo testimonio de las Escrituras como prueba de la nueva doctrina. El mismo Eusebio reconoce inadvertidamente su falsedad y señala a los verdaderos autores del cambio. 'Todas las cosas', dice, 'todo aquello que era deber hacer en el sábado, las hemos transferido al Día del Señor'. -Robert Cox, *Leyes del sábado y deberes del sábado*, página 538. Pero el argumento en favor del domingo, por infundado que era, sirvió para envalentonar a los hombres a pisotear el sábado del Señor. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaron la festividad popular.

A medida que el papado se fue consolidando, se continuó la obra de la exaltación del domingo. Durante un tiempo, el pueblo se dedicaba a labores agrícolas cuando no asistía a la iglesia, y el séptimo día aún era considerado el sábado. Pero poco a poco se produjo un cambio. A los que ocupaban cargos sagrados se les prohibió dictar sentencia en cualquier controversia civil en domingo. Poco después, se ordenó a todas las personas, de cualquier rango, abstenerse de labores comunes, bajo pena de multa para los hombres libres y de azotes en el caso de los sirvientes. Más tarde se decretó que los hombres ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes; y, finalmente, que si seguían obstinados serían hechos esclavos. Las clases bajas debían sufrir destierro perpetuo.

También se recurrió a milagros. Entre otras maravillas, se informó de que, cuando un labrador que estaba a punto de arar su campo en domingo limpió su arado con un hierro, el hierro se le quedó pegado a la mano, y durante dos años lo llevó consigo, 'para su grandísimo dolor y vergüenza'.-Francis West, *Discurso histórico y práctico sobre el Día del Señor*, página 174.

"Más tarde, el papa dio instrucciones de que el párroco amonestara a los transgresores del domingo y los exhortara a ir a la iglesia y a decir sus oraciones, no fuera que atrajeran alguna gran calamidad sobre sí mismos y sus vecinos. Un concilio eclesiástico presentó el argumento, tan ampliamente empleado, incluso por protestantes, de que, porque personas habían sido alcanzadas por un rayo mientras trabajaban en domingo, debía de ser el día de reposo. 'Es evidente,' dijeron los prelados, 'cuán grande era el desagrado de Dios por su descuido de este día.' Se hizo entonces un llamamiento para que sacerdotes y ministros, reyes y príncipes, y todo el pueblo fiel 'empleen todos sus esfuerzos y cuidado para que el día sea restituido a su honor y, para crédito del cristianismo, sea de aquí en adelante observado con mayor devoción.'-Thomas Morer, *Discurso en seis diálogos sobre el nombre, la noción y la observancia del Día del Señor*, página 271."

Al resultar insuficientes los decretos de los concilios, se imploró a las autoridades seculares que promulgaran un edicto que infundiera terror en los corazones del pueblo y los obligara a abstenerse de trabajar el domingo. En un sínodo celebrado en Roma, todas las decisiones anteriores fueron reafirmadas con mayor fuerza y solemnidad. También fueron incorporadas al

derecho eclesiástico y aplicadas por las autoridades civiles en casi toda la cristiandad. (Véase Heylyn, *History of the Sabbath*, pt. 2, ch. 5, sec. 7.)

Con todo, la ausencia de autoridad bíblica para la observancia del domingo ocasionó no poca incomodidad. El pueblo cuestionaba el derecho de sus maestros a dejar de lado la declaración categórica de Jehová: "Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios", a fin de honrar el día del sol. Para suplir la falta de testimonio bíblico, fueron necesarios otros expedientes. Un celoso defensor del domingo, que hacia fines del siglo XII visitó las iglesias de Inglaterra, fue resistido por fieles testigos de la verdad; y tan infructuosos fueron sus esfuerzos que abandonó el país por un tiempo y se puso a buscar algún medio de imponer sus enseñanzas. Cuando regresó, la carencia había sido suplida, y en sus labores posteriores obtuvo mayor éxito. Traía consigo un rollo que pretendía ser de parte del mismo Dios, el cual contenía el mandato necesario para la observancia del domingo, con espantosas amenazas para atemorizar a los desobedientes. Este precioso documento, una falsificación tan vil como la institución que sostenía, se decía que había caído del cielo y que había sido hallado en Jerusalén, sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero, en realidad, el palacio pontificio de Roma fue la fuente de donde procedía. Los fraudes y las falsificaciones para promover el poder y la prosperidad de la iglesia han sido considerados lícitos en todas las épocas por la jerarquía papal.

El pergamino prohibía el trabajo desde la novena hora, las tres en punto, del sábado por la tarde, hasta el amanecer del lunes; y se declaró que su autoridad estaba confirmada por muchos milagros. Se informó que las personas que trabajaban más allá de la hora fijada eran atacadas de parálisis. Un molinero que intentó moler su grano vicio, en lugar de harina, brotar un torrente de sangre, y la rueda del molino se detuvo, a pesar de la fuerte corriente de agua. Una mujer que metió masa en el horno la encontró cruda al sacarla, aunque el horno estaba muy caliente. Otra, que tenía la masa preparada para hornearla a la novena hora, pero determinó dejarla para el lunes, encontró al día siguiente que había sido convertida en hogazas y horneada por poder divino. Un hombre que horneó pan después de la novena hora del sábado encontró, cuando lo partió a la mañana siguiente, que de él brotaba sangre. Con tales patrañas absurdas y supersticiosas intentaron los defensores del domingo establecer su santidad. (Véase Roger de Hoveden, *Anales*, vol. 2, pp. 526-530.)

En Escocia, como en Inglaterra, se aseguró un mayor respeto por el domingo al unirle una porción del antiguo sábado. Pero el tiempo que se requería guardar como santo variaba. Un edicto del rey de Escocia declaró que 'el sábado desde las doce del mediodía debía considerarse santo', y que ningún hombre, desde ese momento hasta la mañana del lunes, debía ocuparse en negocios mundanos.-Morer, páginas 290, 291.

Pero, no obstante todos los esfuerzos por establecer la santidad del domingo, los propios papistas confesaron públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución por la cual había sido suplantado. En el siglo XVI, un concilio papal declaró claramente: "Recuerden todos los cristianos que el séptimo día fue consagrado por Dios, y ha sido recibido y observado, no solo por los judíos, sino por todos los demás que profesan adorar a Dios; aunque nosotros los cristianos hemos cambiado su sábado por el día del Señor."-*Ibíd.*, páginas 281, 282. Los que estaban alterando la ley divina no ignoraban el carácter de su obra.

Deliberadamente se estaban colocando por encima de Dios.

Una muestra elocuente de la política de Roma hacia quienes no están de acuerdo con ella se dio en la larga y sangrienta persecución de los valdenses, algunos de los cuales guardaban el sábado. Otros sufrieron de manera similar por su fidelidad al cuarto mandamiento. La historia de las iglesias de Etiopía y Abisinia es especialmente significativa. En medio de las tinieblas de la Edad Oscura, los cristianos del África central pasaron inadvertidos y fueron olvidados por el mundo, y durante muchos siglos gozaron de libertad en el ejercicio de su fe. Pero finalmente Roma se enteró de su existencia, y pronto el emperador de Abisinia fue inducido a reconocer al papa como el vicario de Cristo. Siguieron otras concesiones.

Se promulgó un edicto que prohibía la observancia del sábado bajo las penas más severas. (Véase Michael Geddes, *Church History of Ethiopia*, páginas 311, 312.) Pero la tiranía papal pronto se convirtió en un yugo tan agobiante que los abisinios decidieron quitárselo del cuello. Tras una terrible lucha, los romanistas fueron desterrados de sus dominios, y se restauró la antigua fe. Las iglesias se regocijaron en su libertad, y nunca olvidaron la lección que habían aprendido acerca del engaño, el fanatismo y el poder despótico de Roma. En su reino aislado se contentaron con permanecer, desconocidos para el resto de la cristiandad.

Las iglesias de África guardaban el sábado como lo guardaba la iglesia papal antes de su completa apostasía. Mientras guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar el domingo en conformidad con la costumbre de la iglesia. Al obtener el poder supremo, Roma había pisoteado el sábado de Dios para exaltar el suyo propio; pero las iglesias de África, ocultas durante casi mil años, no participaron de esta apostasía. Cuando quedaron bajo el dominio de Roma, fueron obligadas a dejar de lado el verdadero y a exaltar el falso sábado; pero apenas recuperaron su independencia, volvieron a la obediencia al cuarto mandamiento.

Estos registros del pasado revelan claramente la enemistad de Roma hacia el verdadero sábado y sus defensores, y los medios que ella emplea para honrar la institución de su propia creación. La palabra de Dios enseña que estas escenas han de repetirse cuando los católicos romanos y los protestantes se unan para la exaltación del domingo.

La profecía de Apocalipsis 13 declara que el poder representado por la bestia con cuernos de cordero hará que “la tierra y los que moran en ella” adoren al papado, allí simbolizado por la bestia “semejante a un leopardo”. La bestia con dos cuernos ha de decir también “a los que moran en la tierra, que hagan una imagen de la bestia”; y, además, ha de ordenar a todos, “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos”, que reciban la marca de la bestia. Apocalipsis 13:11-16. Se ha mostrado que Estados Unidos es el poder representado por la bestia con cuernos de cordero, y que esta profecía se cumplirá cuando Estados Unidos imponga la observancia del domingo, que Roma reclama como el reconocimiento especial de su supremacía. Pero en este homenaje al papado, Estados Unidos no estará solo. La influencia de Roma en los países que antaño reconocieron su dominio dista mucho de haber sido destruida. Y la profecía predice una restauración de su poder. “Vi una de sus cabezas como herida de muerte; pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.” Versículo 3. La herida mortal infligida señala la caída del papado en 1798. Después de esto,

dice el profeta, “su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.” Pablo declara claramente que el “hombre de pecado” continuará hasta el segundo advenimiento. 2 Tesalonicenses 2:3-8. Hasta el mismo fin del tiempo llevará adelante la obra del engaño. Y el revelador declara, refiriéndose también al papado: “Todos los que moran en la tierra le adorarán, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida.” Apocalipsis 13:8. Tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, el papado recibirá homenaje en el honor tributado a la institución del domingo, que descansa únicamente sobre la autoridad de la Iglesia de Roma.

Desde mediados del siglo XIX, los estudiosos de la profecía en los Estados Unidos han presentado este testimonio al mundo. En los acontecimientos que tienen lugar actualmente se observa un rápido avance hacia el cumplimiento de la predicción. Entre los predicadores protestantes se hace la misma afirmación de autoridad divina para la observancia del domingo, y la misma falta de evidencia bíblica, que entre los líderes papales que fabricaron milagros para suplir la ausencia de un mandamiento de Dios. La afirmación de que los juicios de Dios caen sobre los hombres por su violación del sábado dominical se repetirá; ya se comienza a sostener. Y un movimiento para imponer la observancia del domingo está ganando terreno rápidamente.

Asombrosa por su sagacidad y astucia es la Iglesia Romana. Puede leer lo por venir. Aguarda su momento, viendo que las iglesias protestantes le rinden homenaje al aceptar el falso sábado y que se preparan para imponerlo por los mismos medios que ella misma empleó en tiempos pasados. Los que rechazan la luz de la verdad aún buscarán la ayuda de este poder autoproclamado infalible para exaltar una institución que se originó en ella. No es difícil conjeturar con cuánta prontitud acudirá en ayuda de los protestantes en esta labor. ¿Quién entiende mejor que los líderes papales cómo tratar con los que son desobedientes a la iglesia?

La Iglesia católica romana, con todas sus ramificaciones en todo el mundo, constituye una vasta organización, bajo el control de la sede papal y diseñada para servir a sus intereses. Sus millones de fieles, en todos los países del globo, son instruidos a considerarse vinculados por lealtad al papa. Sea cual sea su nacionalidad o su gobierno, deben considerar la autoridad de la Iglesia como superior a cualquier otra. Aunque puedan prestar juramento de lealtad al Estado, detrás de ello está el voto de obediencia a Roma, que los absuelve de todo compromiso contrario a sus intereses.

La historia da testimonio de sus esfuerzos astutos y persistentes por insinuarse en los asuntos de las naciones; y, una vez logrado un punto de apoyo, promover sus propios fines, aun a costa de la ruina de príncipes y pueblos. En el año 1204, el papa Inocencio III arrancó a Pedro II, rey de Aragón, el siguiente juramento extraordinario: 'Yo, Pedro, rey de los aragoneses, profeso y prometo ser siempre fiel y obediente a mi señor, el papa Inocencio, a sus sucesores católicos y a la Iglesia Romana, y conservar fielmente mi reino en su obediencia, defendiendo la fe católica y persiguiendo la depravidad herética.' -John Dowling, La Historia del Romanismo, lib. 5, cap. 6, sec.

55. Esto concuerda con las afirmaciones acerca del poder del pontífice romano "que le es lícito deponer a los emperadores" y "que puede absolver a los súbditos de su obediencia a gobernantes inicuos". -Mosheim, lib. 3, sig. 11, parte 2, cap. 2, secc. 9, nota 17.

Y recuérdese que Roma se jacta de que nunca cambia. Los principios de Gregorio VII e Inocencio III siguen siendo los principios de la Iglesia católica romana. Y si tuviera el poder, los pondría en práctica con tanto vigor ahora como en los siglos pasados. Los protestantes poco saben lo que hacen cuando se proponen aceptar la ayuda de Roma en la obra de la exaltación del domingo. Mientras están empeñados en alcanzar su propósito, Roma aspira a restablecer su poder, a recuperar su supremacía perdida. Si alguna vez se establece en los Estados Unidos el principio de que la Iglesia puede emplear o controlar el poder del Estado; que las observancias religiosas puedan imponerse mediante leyes seculares; en suma, que la autoridad de la Iglesia y del Estado ha de dominar la conciencia, y el triunfo de Roma en este país queda asegurado.

La palabra de Dios ha dado advertencia del peligro inminente; si se hace caso omiso de esto, el mundo protestante sabrá cuáles son realmente los propósitos de Roma, sólo cuando sea demasiado tarde para escapar de la trampa. Ella está creciendo silenciosamente en poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las salas legislativas, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Está levantando sus elevadas y macizas estructuras, en cuyos recintos secretos se repetirán sus antiguas persecuciones. Sigilosamente y sin despertar sospechas está fortaleciendo sus filas para promover sus propios fines cuando llegue el momento de asestar el golpe. Todo lo que desea es una posición ventajosa, y esto ya se le está concediendo. Pronto veremos y sentiremos cuál es el propósito del elemento romano. Quien crea y obedezca la palabra de Dios atraerá sobre sí oprobio y persecución. El gran conflicto, 563-581.